

PQ6171  
v. 18  
v. 2  
Pte. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



# LOS SIETE LIBROS DE LA DIANA

DE

GEORGE DE MONTEMAYOR

DIRIGIDA AL MUY ILLUSTRE SEÑOR DON JUAN DE CASTELLA DE VILLANOVA  
SEÑOR DE LAS BARONÍAS DE BICORB Y QUESA

## EPÍSTOLA

AL MUY ILLUSTRE SEÑOR DON JUAN DE CASTELLA DE BILLANOVA, SEÑOR DE LAS BARONÍAS DE BICORB Y QUESA, DE GEORGE DE MONTEMAYOR.

Aunque no fuera antigua esta costumbre, muy illustre Señor, de dirigir los autores sus obras a persona de cuyo valor ellas lo recibiesen, lo mucho que V. M. meresce assi por su antigua casa, y esclarecido linaje, como por la gran suerte y valor de su persona, me moviera á mí y con muy gran causa a hazer esto. Y puesto caso que el baxo estilo de la obra, e el poco merescimiento del autor della, no se auia de estender a tanto, como es dirigirlo á V. M., tampoco tuuiera otro remedio, sino este, para ser en algo tenida. Porque las piedras preciosas no reciben tanto valor del nombre que tienen, pudiendo ser falsas y contrahechas, como de la persona en cuyas manos estén. Supplico á vuestra merced debaxo de su amparo y correction recoja este libro assi como el extranjero autor della recogido: pues que sus fuerças no pueden con otra cosa seruir a vuestra merced. Cuya uida y estado nuestro Señor por muchos años acreciente.

AL DICHO SEÑOR

Mecena fue de aquel Maron famoso  
ORÍGENES DE LA NOVELA.—II.—20

particular señor y amigo, caro de Homero, (aunque finado) el belicoso Alexandro, gozó su ingenio raro: Y así el de Villanoua generoso del lusitano autor ha sido amparo, haciendo que un ingenio baxo y falto hasta las nubes suba, y muy más alto.

DE DON GASPAR DE ROMANI, AL AUTOR

Soneto

Si de Madama Laura la memoria Petrarca para siempre ha leuantado y a Homero assi de lauro ha coronado escribir de los griegos la uictoria: Si los Reyes tambien para más gloria vemos que de contino han procurado que aquello que en la uida han conquistado en muerte se renueve con su historia, Con mas razon serás, ¡o, excelente Diana, por hermosa celebrada, que quantas en el mundo hermosas fueron. Pues nadie meresció ser alabada, de quien así el laurel tan justamenté merezca más que quantos escriuieron.

HIERÓNIMO SANT PERE, Á GEORGE DE MONTEMAYOR

Soneto.

Parnaso monte, sacro y celebrado, museo de Poetas deleytoso,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1675 MONTERREY N.M.

010603

venido a parangon con el famoso pareceme que estás desconsolado.

—Estoylo, y con razon; pues se han pasadas Musas, y su toro glorioso, [sado á este que es mayor monte dichoso, en quien mi fama, y gloria se han mudado.

Dichosa fué en extremo su Diana, pues para ser del orbe más mirada mostró en el monte excelso su grandeza.

Allí vive en su loa soberana, por todo el uniuerso celebrada, gozando celsitud, que es más que alteza.

#### ARGUMENTO DESTE LIBRO

En los campos de la principal y antigua ciudad de Leon, riberas del rio Ezla, huuo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fué extremadissima sobre todas las de su tiempo. Esta quiso y fue querida en extremo de un pastor llamado Sireno: en cuyos amores hubo toda la limpieza, y honestidad possible. Y en el mismo tiempo, la quiso más que si, otro pastor llamado Syluano, el cual fué de la pastora tan aborrecido, que no auia cosa en la uida á quien peor quisiese. Sucedió pues, que como Sireno fuesse forçadamente fuera del reyno, a cosas que su partida no podía escusarse, y la pastora quedase muy triste por su ausencia, los tiempos y el coraçon de Diana se mudaron; y ella se casó con otro pastor llamado Delio, poniendo en oluido el que tanto auia querido. El qual, viniendo despues de un año de ausencia, con gran desseo de ver á su pastora, supo antes que llegasse como era ya casada. Y de aquí comiença el primero libro, y en los demás hallarán muy diuersas historias, de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazados debaxo de nombres y estilo pastoril (1).

#### LIBRO PRIMERO

##### DE LA DIANA DE GEORGE DE MONTE MAYOR

Baxaua de las montañas de Leon el olvidado Sireno, á quien amor, la fortuna, el tiempo, tratauan de manera, que del menor mal que en tan triste uida padescia, no se

(1) En la edición de Milán, "debaxo de nombres pastorales".

esperaua menos que perdella. Ya no lloraua el desventurado pastor el mal que la ausencia le prometia, ni los temores de oluido le importunauan, porque vía cumplidas las prophecias de su recelo, tan en perjuizio suyo, que ya no tenía más infortunios con que amenazalle. Pues llegando el pastor a los verdes y deleitosos prados, que el caudaloso rio Ezla con sus aguas va regando, le vino a la memoria el gran contentamiento de que en algun tiempo alli gozado auia: siendo tan señor de su libertad, como entonces subjecto a quien sin causa lo tenía sepultado en las tinieblas de su oluido. Consideraua aquel dichoso tiempo que por aquellos prados, y hermosa ribera apascentaua su ganado, poniendo los ojos en solo el interesse que de traelle bien apascentado se le seguía, y las horas que le sobrauan gastaua el pastor en solo gozar del suaue olor de las doradas flores, al tiempo que la primavera, con las alegres nueuas del uerano, se esparze por el uniuerso; tomando a uezes su rabel, que muy polido en un çurron siempre traía, otras ueces una çampoña, al son de la qual componía los dulces versos con que de las pastoras de toda aquella comarca era loado. No se metía el pastor en la consideracion de los malos, o buenos successos de la fortuna, ni en la mudança y uariacion de los tiempos; no le passaua por el pensamiento la diligencia, y codicias del ambicioso cortesano, ni la confiança y presuncion de la Diana celebrada por solo el uoto y parecer de sus apassionados: tampoco le daua pena la hinchazón, y descuydo del orgulloso priuado. En el campo se crió, en el campo apascentaua su ganado, y así no salian del campo sus pensamientos, hasta que el crudo amor tomó aquella posesion de su libertad, que él suele tomar de los que más libres se imaginan. Venia pues el triste Sireno los ojos hechos fuentes, el rostro mudado, y el coraçon tan hecho a sufrir desuenturas, que si la fortuna le quisiera dar algun contento fuera menester buscar otro coraçon nuevo para recebille. El uestido era de un sayal tan aspero como su uentura, un cayado en la mano, un çurron del brazo izquierdo colgando. Arribose al pie de un haya, començo a tender sus ojos por la hermosa ribera, hasta que

llegó con ellos al lugar donde primero auia uisto la hermosura, gracia, honestidad de la pastora Diana, aquella en quien naturaleza sumó todas las perfecciones, que por muchas partes auia repartido. Lo que su coraçon sintio imagiuelo aquel que en algun tiempo se halló metido entre memorias tristes. No pudo el desventurado pastor poner silencio á las lagrimas, ni escusar los sospiros que del alma le salian. Y boluendo los ojos al cielo, començo a dezir desta manera: ¡Ay, memoria mia! enemiga de mi descanso, no os ocupades mejor en hazer me oluidar desgustos presentes, que en ponerme delante los ojos contentos pasados? ¿Qué dezis, memoria? Que en este prado vi á mi señora Diana. Que en el començo a sentir lo que no acabaré de llorar. Que junto a aquella clara fuente, cercada de altos y verdes sauces, con muchas lagrimas algunas vezes me juraua, que no auia cosa en la vida, ni uoluntad de padres, ni persuasion de hermanos, ni importunidad de parientes que de su pensamiento le (1) apartasse. Y que quando esto dezia, salian por aquellos hermosos ojos vnas lagrimas, como orientales perlas, que parecian testigos de lo que en el coraçon le quedaua, mandandome só pena de ser tenido por hombre de baxo entendimiento, que creyesse lo que tantas vezes me dezia. Pues espera vn poco, memoria, ya que me aueis puesto delante los fundamentos de mi desventura (que tales fueron ellos, pues el bien que entonces passé, fué principio del mal que ahora padezco) no se os oluiden, para templar me este descontento, de poner me delante los ojos vno a vno, los trabajos, los desassossiegos, los temores, los recelos, las sospechas, los celos, las desconfianças, que aun en el mejor estado no dexan al que verdaderamente ama. ¡Ay, memoria, memoria, destruydora de mi descanso! ¡quan cierto está responder me, qu'el mayor trabajo que en estas consideraciones se passaua, era muy pequeño, en comparacion del contentamiento que a trueque dél recebia; Vos, memoria, teneis mucha razon, y lo peor dello es tenella tan grande. Y estando en esto, sacó del seno un papel, donde tenia embueltos vnos cor-

(1) Le en la edición de Venecia, 1585, y en otras. La en la rarissima de Milán.

dones de seda verde y cabellos (1) y poniendolos sobre la verde yerua, con muchas lagrimas sacó su rabel, no tan loçano como lo traía al tiempo que de Diana era fauorescido, y començo a cantar lo siguiente:

¡Cabellos, quanta mudança  
he visto despues que os vi  
y quan mal parece ahí  
esta color de esperança!  
Bien pensaua yo cabe ellos  
(aunque con algun temor)  
que no fuera otro pastor  
digno de verse cabe ellos.

¡Ay, cabellos, quantos dias  
la mi Diana miraua,  
si os traya, ó si os dexaua,  
y otras cien mil niñerías!  
Y quantas vezes llorando  
¡ay!, lagrimas engañosas,  
pedía celos, de cosas  
de que yo estaua burlando.

Los ojos que me matauan,  
dezid, dorados cabellos,  
¿que culpa tuue en creellos,  
pues ellos me assegurauan?  
¿No vistis vos que algun dia,  
mil lagrimas derramaua  
hasta que yo le juraua,  
que sus palabras creya?

¿Quien vió tanta hermosura  
en tan mudable subjecto?  
y en amador tan perfecto,  
quien vio tanta desventura?  
Oh, cabellos ¿no os correys,  
por venir de ado venistes,  
viendo me como me vistis  
en uerme como me veys?

Sobre el arena sentada  
de aquel rio la ui yo  
do con el dedo escriuió:  
antes muerta, que mudada.  
Mira el amor lo que ordena,  
que os uiene hazer creer  
cosas dichas por mujer,  
y escritas en el arena.

No acabara tan presto Sireno el triste canto, si las lagrimas no le fueran a la mano, tal estaua como aquel a quien fortuna tenia atajados todos los caminos de su re-

(1) Y qué cabellos, añade, á modo de paréntesis, la de Milán.

medio. Dexó caer su rabel, toma los dorados cabellos, bueluelos a su lugar, diciendo: ¡Ay, prendas de la más hermosa, y desleal pastora, que humanos ojos pudieron ver! Quan a vuestro saluo me auéis engañado. ¡Ay, que no puedo dexar de veros, estando todo mi mal en aueros visto! Y quando del çurron sacó la mano, acaso topó con una carta, que en tiempo de su prosperidad Diana le auia embiado; y como lo vio, con vn ardiente sospiro que del alma le salia, dixo: ¡Ay, carta, carta, abrasada te vea, por mano de quien mejor lo pueda hazer que yo, pues jamas en cosa mia pude hazer lo que quisiesse; mal haya quien ahora te leyere. Mas ¿quien podra hazerlo? Y descogiendo la vio que dezia:

## CARTA DE DIANA A SIRENO

Sireno mio, quan mal sufriria tus palabras, quien no pensasse que amor te las hazia dezir! Dizes me que no te quiero quanto deuo, no sé en que lo uees, ni entiendo cómo te pueda querer mas. Mira que ya no es tiempo de no crearme, pues vees que lo que te quiero me fuerça a creer lo que de tu pensamiento me dizes. Muchas vezes imagino que assi como piensas que no te quiero, queriendote mas que a mi, assi deus pensar que me quieres teniendo me aborrescida. Mira, Sireno, que'l tiempo lo ha hecho mejor contigo, de lo que al principio de nuestros amores sospechaste, y quedando mi honra a saluo, la qual te deue todo lo del mundo, no auria cosa en él, que por ti no hiziesse. Suplicote quanto puedo, que no te metas entre zelos y sospechas, que ya sabes quan pocos escapan de sus manos con la uida, la qual te dé Dios con el contento que yo te desseo.

¿Carta es esta, dixo Sireno sospirando, para pensar que pudiera entrar oluido en el coraçon donde tales palabras salieron? ¿Y palabras son estas para passallas por la memoria, al tiempo que quien las dixo, no la tiene de mí? ¡Ay, triste, con quanto contentamiento acabé de leer esta carta, quando mi señora me la embió, y quantas vezes en aquella hora misma la bolui a leer. Mas págola ahora con las setenas: y no se sufría menos, sino venir de vn extremo a otro: que mal contado le seria a la for-

tuna, dexar de hazer conmigo, lo que con todos haze. A este tiempo por vna cuesta abaxo, que del aldea venia al verde prado, vio Sireno venir vn pastor su passo a passo, parandose a cada trecho, vnas vezes mirando el cielo, otras el verde prado y hermosa ribera, que desde lo alto descubria: cosa que mas le augmentaua su tristeza, viendo el lugar que fue principio de su desventura: Sireno le conosció, y dixo buelto el rostro hazia la parte de donde venia: ¡Ay, desventurado pastor, aunque no tanto como yo, ¿en qué han parado las competencias que conmigo trayas por los amores de Diana? y los disfauores que aquella cruel te hazia, poniendolos a mi cuenta? Mas si tú entendieras que tal havia de ser la suma, cuánto mayor merced hallaras que la fortuna te hazia, en sustentarte en un infelice estado, que a mí en derribarme dél, a tiempo que menos lo temia? A este tiempo el desamado Syluano tomó vna çampoña, y tañendo vn rato, cantaua con gran tristeza estos versos:

Amador soy, mas nunca fuy amado;  
quise bien, y querré, no soy querido;  
fatigas passo, y nunca las he dado;  
sospiros di, mas nunca fuy oydo:  
quexarme quise, y no fuy escuchado,  
huyr quise de amor, quedé corrido;  
de solo oluido, no podré quexarme,  
porque aun no se acordaron de oluidarme.

Yo hago a todo mal solo vn semblante,  
jamás estuue oy triste, ayer contento,  
no miro atras, ni temo yr adelante;  
vn rostro hago al mal, o al bien que siento.  
Tan fuera voy de mí, como el dançante,  
que haze a qualquier son mouimiento,  
y así me gritan todos como a loco;  
pero segun estoy aun esto es poco.

La noche a vn amador le es enojosa,  
quando del dia atiende bien alguno:  
y el otro de la noche espera cosa  
qu'el dia le haze largo y importuno;  
con lo que vn hombre cansa, otro reposa,  
tras su desseo camina cada vno,  
mas yo siempre llorando el dia espero;  
y en viendo el dia, por la noche muero.

Quexarme yo de amor, es escusado:  
pinta en el agua, o da bozes al viento:  
busca remedio en quien jamas le ha dado  
que al fin venga a dexalle sin descuento.

Llegaos a él a ser aconsejado,  
dirá os un disparate y otros ciento.  
Pues quién es este amor? Es una sciencia  
que no la alcança estudio ni experiencia.

Ama a mi señora a su Sireno;  
dexaua a mí, quizá que lo acertaua:  
yo triste a mi pesar, tenia por bueno,  
lo que en la vida y alma me tocava.  
A estar mi cielo algun dia sereno,  
quexara yo de amor si le añublaua,  
mas ningun bien diré que me ha quitado,  
ved cómo quitará lo que no ha dado.

No es cosa amor, que aquel que no lo tie-  
hallará feria a do pueda comprallo, [ne  
ni cosa que en llamandola, se uiene,  
ni que le hallareys, yendo á buscallo:  
Que si de uos no nace, no conuiene  
pensar que ha de nacer de procurallo:  
y pues que jamas puede amor forçarse,  
no tiene el desamado que quexarse.

No estaua ocioso Sireno, al tiempo que Syluano estos versos cantaua, que con sospiros respondia a los vltimos accentos de sus palabras, y con lagrimas solennizaua lo que dellas entendia. El desamado pastor, despues que vuo acabado de cantar, se començó a tomar cuenta de la poca que consigo tenia: y como por su señora Diana auia oluidado todo el hato y rebaño, y esto era lo menos. Consideraua que sus seruicios eran sin esperanza de galardón, cosa que a quien tuuiera menos firmeza, pudiera facilmente atajar el camino de sus amores. Mas era tanta su constancia que puesto en medio de todas las causas que tenia de olvidar a quien no se acordaua dél, se salia tan a su saluo dellas, y tan sin perjuizio del amor que a su pastora tenia, que sin miedo alguno cometia qualquiera imaginacion (1) que en daño de su fe le sobreuienesse. Pues como vió Sireno junto a la fuente, quedó espantado de velle tan triste, no porque ignorasse la causa de su tristeza, mas porque le pareció, que si él huuiera rescibido el mas pequeño fauor que Sireno algun tiempo rescibió de Diana, aquel contentamiento bastara para toda la uida tenelle. Llegó se a él, y abraçandose los dos, con muchas lagrimas se boluieron a

sentar encima de la menuda yerba: y Syluano començó á hablar desta manera: ¡Ay, Sireno, causa de toda mi desventura, o del poco remedio della, nunca Dios quiera que yo de la tuya reciba uengança, que quando muy a mi saluo pudiesse hacello no permitiria el amor que a mi señora Diana tengo, que yo no fuesse contra aquel en quien ella con tanta voluntad lo puso. Si tus trabajos no me duelen, nunca en los mios haya fin: si luego que Diana se quiso desposar, no se me acordo que su desposorio y tu muerte auian de ser a vn tiempo, nunca en otro mejor me vea que este en que aora estoy. Pensar deus, Sireno, que te queria yo mal, porque Diana te queria bien y que los fauores que ella te hazia eran parte para que yo te desamasse: Pues no era de tan baxos quilates mi fe, que no siguiesse a mi señora, no solo en quererla, sino en querer todo lo que ella quisiesse. Pesarme de tu fatiga, no tienes porque agradescermelo: porque estoy tan hecho a pesares que aun de bienes mios me pesaria, quanto más de males ajenos.

No causó (1) poca admiracion a Sireno las palabras del pastor Syluano; y ansi estuuó un poco suspenso, espantado de tan gran sufrimiento y de la qualidad del amor que a su pastora tenia. Y boluiendo en si, le respondió (2). Por ventura, Syluano, has nascido tú para exemplo de los que no sabemos sufrir las aduersidades que la fortuna delante nos pone? O acaso te ha dado naturaleza tanto animo en ellas que no solo baste para sufrir las tuyas, mas que aun ayudes a sobrelleuar las ajenas? Veo que estás tan conforme con tu suerte, que no te prometiendo esperanza de remedio, no sabes pedille mas de lo que te da. Yo te digo, Syluano, que en ti muestra bien el tiempo, que cada dia va descubriendo nouedades muy ajenas de la imaginacion de los hombres. O cuánta más embidia te deue tener este sin ventura pastor, en verte sufrir tus males, que tú podrias tenelle a él al tiempo que le veias gozar sus bienes. ¿Viste los fauores que me hazia? Viste la blandura de palabras, con que me manifestaua sus amores? Viste como llevar el ganado al rio, sacar los corderos al soto, traer las

(1) Así en la edición de Milán. Ignorancia en la de Venecia.

(1) M., *causaron*.  
(2) M., *desta manera*.

ouejas por la siesta a la sombra destes alisos, jamas sin mi compañía supo hazello? Pues nunca yo vea el remedio de mi mal, si de Diana esperé, ni dessee, cosa que contra su honrra fuesse, y si por la ymaginacion me pasaua, era tanta su hermosura, su valor, su honestidad, y la limpieza del amor que me tenia, que me quitauan del pensamiento qualquiera cosa que en daño de su bondad imaginaua (1). Esto creo yo por cierto, dixo Syluano sospirando: porque lo mesmo podré afirmar de mi. Y creo que no vüiera nadie que en Diana pusiera los ojos, que osara dessear otra cosa, sino verla y conuersarla. Aunque no sé si hermosura tan grande, en algun pensamiento, no tan subiecto como el nuestro, hiziera algun exceso, y mas si como yo un día la vi, acertara de vella, que estaua sentada contigo, junto a aquel arroyo, peinando sus cabellos de oro: y tú estauas teniendo el espejo, en que de quando en quando se miraua. Mas no sabiades los dos, que os estaua yo acechando deste aquellas matas altas, que estan junto a las dos enzinas: y aun se me acuerda de los uersos que tú le cantaste, sobre auerle tenido el espejo en quanto se peinaua. Cómo los viuiste a las manos, dixo Sireno? Syluano le respondió: El otro día siguiente hallé aqui vn papel, en que estauan escritos, y los leí, y aun los encomende a la memoria. Y luego vino Diana por aqui llorando, por aquellos perdido, y me preguntó por ellos; y no fue pequeño contentamiento para mí, ver en mi señora lagrimas que pudiesse (2) remediar. Acuerdome, que aquella fue la primera vez que de su boca oí palabra sin yra, y mira quan necesitado estaua de su fabor (3), que de decirme ella que me agradecía darle lo que buscaba, hize tan grandes reliquias (4) que mas de un año de grandísimos males desconte por aquella sola palabra, que traya alguna apariencia de bien. Por tu uida, dixo Sireno, qué digas los uersos, que dizes que yo le canté, pues los tomaste de coro. Soy contento, dixo Syluano, de esta manera dezian:

(1) M., *imaginasse.*

(2) M., *que yo pudiesse.*

(3) M., *de favores.*

(4) Todo esto falta en la edición de Venecia, y se ha tomado de la de Milán.

De merced tan extremada ninguna deuda me queda, pues en la misma moneda, señora, quedays pagada. Que si gozé estando alli viendo delante de mi rostro, y ojos soberanos: vos tambien viendo en mis manos lo que en vuestros ojos vi.

Y esto no os parezca mal, que de vuestra hermosura vistes sola la figura, y yo vi lo natural. Vn pensamiento extremado, jamas de amor subjetado, mejor uee, que no el captiuo, aunque el uno uea lo biuo, y el otro lo debuxado.

Quando esto acabó Sireno de oyr, dixo contra Syluano: plega a Dios, pastor, que el amor me dé esperanza de algun bien imposible, si ay cosa en la vida con que yo mas facilmente la passasse que con tu conuersacion, y si agora en extremo no me pesa que Diana te aya sido tan cruel, que siquiera no mostrasse agradecimiento a tan leales seruicios, y a tan verdadero amor como en ellos has mostrado. Syluano le respondió sospirando. Con poco me contentara yo, si mi fortuna quisiera; y bien pudiera Diana, sin offender á lo que a su honra, y a tu fe deuia darme algun contentamiento, mas no tan solo huyó siempre de darmele, mas aun de hazer cosa por donde imaginasse que yo algun tiempo podría tenelle. Dezia yo muchas vezes entre mí: Aora esta fiera endurecida no se enojaria algun día con Sireno, de manera que por vengarse dél, fingiese favorecerme a mí? Que vn hombre tan desconsolado, y falto de faouores, aun fingidos los ternia por buenos. Pues quando desta tierra te partiste, pense verdaderamente, que el remedio de mi mal me estaua llamando a la puerta, y que el oluido era la cosa más cierta, que despues de la ausencia se esperaua, y más en coraçon de muger. Pero quando despues vi las lagrimas de Diana, el no reposar en la aldea, el amar la soledad, los continuos sospiros, Dios sabe lo que sentí. Que puesto caso que yo sabia ser el tiempo vn medico muy aprouado para el mal que la

ausencia suele causar, vna sola hora de tristeza no quisiera yo que por mi señora passara, aunque della se me siguieran a mí cien mil de alegría. Algunos días, despues que te fuyste, la vi junto a la dehesa del monte, arrimada a vna enzina, de pechos sobre su cayado, y desta manera estuuo gran pieça antes que me viesse. Despues alçó los ojos, y las lagrimas le estoruaron verme. Deuia ella entonces imaginar en su triste soledad, y en el mal que tu ausencia le hazia sentir, pero de ay a vn poco (no sin lagrimas, acompañadas de tristes sospiros) sacó vna çampoña, que en el çurron traya, y la començo a tocar tan dulcemente, que el valle, el monte, el rio, las aues enamoradas, y aun las sierras de aquel espesso bosque quedaron suspensas, y dexando la çampoña al son que ella auia tañido, començo esta cancion:

*Cancion.*

Ojos que ya no veys quien os miraua, (quando erades espejo en que se via) qué cosa podreys ver que os dé contento? Prado florido y verde, do algun dia por el mi dulce amigo yo esperaua, llorad conmigo el graue mal que siento.

Aqui me declaró su pensamiento, oyle yo cuytada, mas que serpiente ayrada, llamandole mil vezes atreuido. Y el triste alli tendido (1), parece que es ahora, y que lo veo, y aun esse es mi desseo, ay si lo viesse yo, ay tiempo bueno! ribera vmbrosa, qué es del mi Sireno? Aquella es la ribera, este es el prado, de alli parece el soto y valle vmbroso, que yo con mi rebaño repastaua. Veys el arroyo dulce y sonoro, a do pasçia la siesta mi ganado quando el mi dulce amigo aqui moraua.

Debaxo aquella haya verde estaua, y veys alli el otero a do le vi primero, y a do me vio: dichoso fue aquel dia, si la desdicha mia, vn tiempo tan dichoso no acabara. O haya, o fuente clara,

(1) M., *rendido.*

todo está aquí, mas no por quien yo peno. Ribera vmbrosa, qu'es de mi Sireno?

Aqui tengo un retrato que me engaña, pues veo a mi pastor quando lo veo, aunque en mi alma está mejor sacado: Quando de verle llega el gran desseo de quien el tiempo luego desengaña, a aquella fuente voy, que está en el prado, Arrimolo a aquel sauze y a su lado me assiento (ay amor ciego)

al agua miro luego, y veo a mí y a él, tomo la via quando él aqui viuia.

Esta inuencion vn rato me sustenta, despues caygo (1) en la cuenta y dize el coraçon, de ansias lleno: ribera vmbrosa, qu'es d'el mi Sireno?

Otras vezes le hablo, y no responde y pienso que de mí se esta vengando, porque algun tiempo no le respondia. Mas digole yo triste assi llorando: hablad, Sireno, pues estays adonde jamas ymaginó mi fantasia.

No veys, dezi, que estays n'el alma mia? Y él todavia callado y estarse alli a mi lado: en mi seso le ruego que me hable: ¡qué engaño tan notable pedir a una pintura lengua o seso! ¡ay tiempo, que en un peso está mi alma y en poder ageno! ribera umbrosa, qu'es del mi Sireno?

No puedo jamas yr con mi ganado, quando se pone el sol, a nuestra aldea, ni desde ella uenir a la majada. Sino por donde, aunque no quiera, uea la choça de mi bien tan desseado, ya por el suelo toda derribada:

Allí me assiento un poco y descuidada do ouejas y corderos, hasta que los uaqueros me dan bozes diziendo: ha pastora, en que piensas aora, y el ganado pasciendo por los trigos? mis ojos son testigos por quien la yerua crece al ualle ameno; ribera umbrosa, qu'es d'el mi Sireno?

Razon fuera, Sireno, que hizieras a tu opinion más fuerça en la partida pues que sin ella te entregué la mia: ¿Mas yo de quién me quexó ¡ay, perdida!

(1) M., *cayo.*